

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO IX. — NÚM. 421

Madrid, 16 de Febrero de 1928

PRECIO: 15 CÉNTS.

LA VEJEZ CRISTIANA

«Aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior se renueva de día en día.»

2.ª COR., IV, 16.

QUISIERA hablar hoy de la vejez. Creo que es un buen asunto, sobre todo para los jóvenes, pues resulta ya tarde aprender a envejecer cuando se es viejo, mientras que el aprendizaje puede comenzarse con tiempo y continuarse a través de la edad madura.

¿A qué edad se puede decir de una persona que es vieja? Nada sé yo de esto, ni nadie. Hay personas que jamás han sido jóvenes, y esto no les impide envejecer; hay otras que no quieren hacerse viejas, y esta voluntad no les dispensa de la vejez. Al contrario, los jóvenes viejos que uno encuentra, y los viejos que se obstinan en ser o parecer jóvenes, están unos y otros fuera de la verdad humana y de las intenciones divinas; lejos de ahorrarse así la vejez, adelantándola o despreciándola, no consiguen sino hacer sus molestias más dolorosas y prolongadas. No es un cristiano quien ha dicho:

«El que no tiene el espíritu de su edad (1), tiene de su edad toda la desgracia.»

Pero Voltaire tenía razón de todos modos, aunque, quizá, de otro modo que él lo entendía.

El plan de Dios, en cuanto a nosotros, es que tengamos «el espíritu de nuestra edad», que seamos verdaderos jóvenes en la juventud y verdaderos viejos en la vejez, siendo jóvenes para poder resistir a las tentaciones, no para sucumbir a ellas; siendo vie-

jos por haber adquirido la experiencia, sin haber gustado el tedio.

Hay virtudes especiales para la juventud. Dios tiene necesidad de jóvenes; la Iglesia, la Sociedad, están necesitadas de jóvenes para renovarse sin cesar y para progresar; están también necesitadas de viejos, no solamente como de un freno,

Eliú responde a Job (XXXII, 9) que no es la edad la que procura la ciencia.

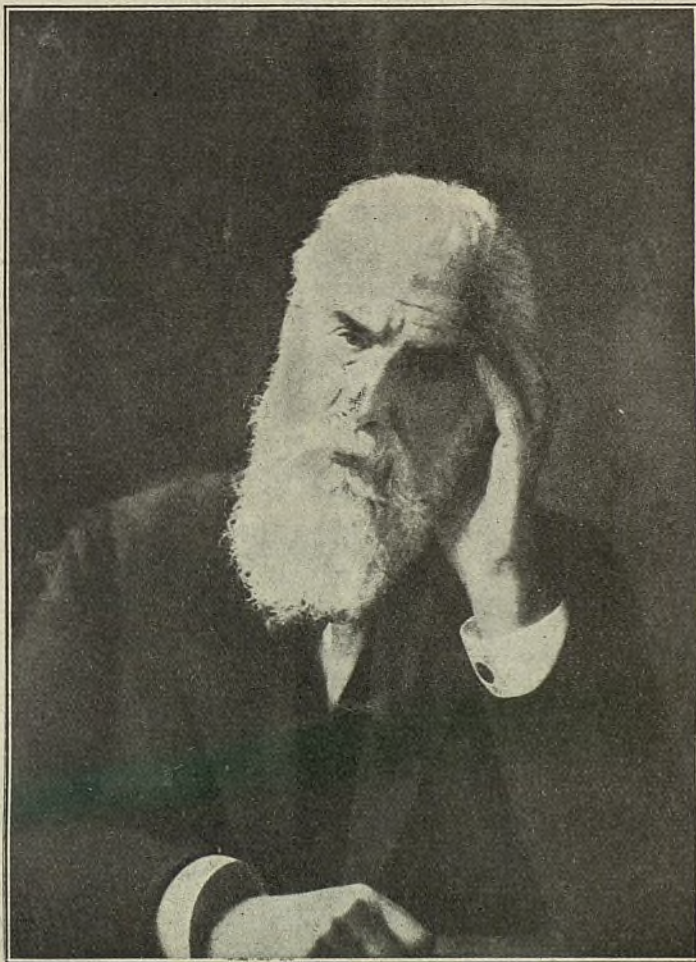
Y pueden ambos tener razón. Todo consiste en explicarse bien: si la sabiduría puede alojarse bajo una frente joven, hay muchas locuras que parecen doblemente locuras bajo los cabellos blancos.

Salgamos, ¿no es verdad?, de estas generalidades o de estas contradicciones que no tienen gran cosa que enseñarnos, y preguntémosnos — este es nuestro objeto — cómo el cristiano debe aprender a envejecer para envejecer cristianamente.

Es un bello espectáculo el de la vejez cristiana: «El hombre exterior se desgasta», no puede apenas ser de otro modo, aunque la salud del alma sea conservadora, hasta cierto punto, de la salud del cuerpo, y aunque una de las mejores defensas que el hombre pueda oponer a la usura de la vida, es todo el conjunto de virtudes recomendadas por el Cristianismo: la templanza, en el sentido más amplio, es decir, el dominio ejercido por la voluntad del hombre sobre su cuerpo y el gobierno de sus pasiones; la moderación en las cosas permitidas; el equilibrio entre el trabajo y el reposo (aunque el hombre envejece más veloz y más gravemente por el exceso de reposo que por el exceso de trabajo); la uniformidad de carácter y la benevolencia para todas las criaturas. No por todo ello deja de ser verdad que «el hombre exterior se desgasta», y que este mismo desgaste comienza pronto: las flaquezas de la edad

se hacen sentir, aun cuando no se haya llegado a la vejez propiamente dicha; señales avisadoras profetizan la llegada de esta vejez temida, y no es más cuerdo menospreciarlas que temerlas.

El cristiano les presta atención, y se



El Pastor Benjamín Couve, de París.

Director honorario de la Revista «Le Christianisme du XX siècle», que ha fallecido recientemente, a la edad de 84 años.

El artículo, con cuya traducción honramos esta página, está tomado de su obra *El alma y la vida*.

de un poder regulador y ponderador, sino como de un arco de ciencia adquirida y de pensamientos maduros. Los pueblos verdaderamente fuertes respetan la vejez: «La ciencia está en los viejos», dice Job (capítulo XII, 2). Es verdad que el joven

(1) Qui n'a pas l'esprit de son âge, de son âge a tout le malheur.

acomoda progresivamente a estas condiciones nuevas, en las cuales sus sentidos percibirán menos agudamente, su marcha será más torpe, su actividad más lenta, sus comunicaciones con el mundo exterior más difíciles; el estudio mismo le resulta menos cómodo, y el mundo se le aparece diferente, en una luz menos cruda; pero más dulce y como apaciguada. Las pruebas le han enseñado a desasirse de las cosas sin tristeza; no se queja de no ser más que lo que ha sido, y sus miradas se dirigen menos al pasado para lamentarlo, que al porvenir para saludarlo y prepararlo a la vez.

«Señor», — preguntaba un extranjero a un cristiano — «pienso que usted está del lado malo de los cincuenta años.» «¿Del lado malo? No; yo estoy del buen lado de los cincuenta.» «Seguramente — replicó el otro — ha pasado usted ya de los cincuenta.» «Sí, señor, pero yo estoy de buen lado; porque cada año que vivo, estoy más cerca de mi corona de gloria.»

¡Oh!, la hermosura de una vejez cristiana. «La luz de la tarde alumbra y dora la columna del templo derruido.» (*Lacordaire*). Y, por tanto, ese templo caído es siempre un templo; es un templo más que nunca.

¿No habéis encontrado vosotros ancianos de éstos, en quienes hay un santuario vivo, cada vez más abierto a las influencias divinas, sin estar por eso más cerrado a las preocupaciones humanas; accesible a lo que se refiere a los más de los jóvenes, con un acceso tanto más amplio y fácil cuanto ha sido mejor despejado y descombrado de todas las superfluidades, de todas las vanidades?

Un viejo cristiano es el triunfo del Espíritu de Dios; es la victoria del Espíritu sobre la carne; es la demostración visible de la potencia sobrenatural, que vence las miserias de nuestra naturaleza. Es, por decirlo así, el reto lanzado por San Pablo a la muerte, puesto en práctica, realizado: «¿Dónde está, ¡oh muerte!, tu aguijón?» Es la toma de posesión anticipada de las realidades invisibles y futuras.

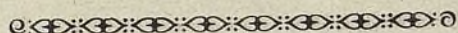
Y aun cuando esta misma vejez fuese como una destrucción casi total «del hombre exterior»; aun cuando los temibles achaques, que son verdaderas separaciones, vengán a cerrar el mundo visible para los ojos, para los oídos, para los miembros paralizados, para la memoria debilitada, la gran potencia interior, la del amor sobreviviente a lo demás, haría todavía a Dios sensible al alma, y al alma, a la vez, abierta al amor humano; pues no se puede amar a Dios sin amar a los hombres, y la costumbre de amar comunicaría todavía a las últimas miradas un fulgor de eternidad, y a las últimas palabras un acento celestial.

He dicho que mi asunto de hoy convenía a los jóvenes. Bien puede temerse que los jóvenes no se aperciban de ello,

y que, aun entre los que no son muy jóvenes, haya quienes no se crean todavía llamados a preparar su vejez. ¡Qué error es el vuestro! Cualesquiera que seáis, cualquier edad que sea la vuestra, es ahora cuando, en presencia o en previsión de las destrucciones del hombre exterior, es preciso renovar de día en día el hombre interior, el hombre espiritual. Pero para que ese progreso del espíritu en nosotros prosiga, es necesario que haya comenzado, y volvemos a la misma cuestión primordial y decisiva: ¿Ha comenzado? ¿Lleváis con vosotros el «hombre interior», el hombre del Espíritu? Si lo lleváis, yo no temo para vosotros ni la vejez frívola, ni la vejez melancólica, ni la vejez entristecida.

Lo mismo que se puede decir al cristiano de parte de Dios: tú, que eres viviente, no morirás jamás; lo mismo se puede decir al cristiano: joven o viejo, tú permanecerás joven; pues la verdadera vida no tiene edad, y ella opone, por la bondad de nuestro Salvador, un rejuvenecimiento perfecto a una perpetua decadencia.

B. COUVE.



AL SOL

(Himno.)

*Para y óyeme, ¡oh Soll, yo te saludo,
y extático ante ti me atrevo a hablarte:
ardiente como tú mi fantasía,
arrebata en ansia de admirarte,
intrépidas a ti sus alas guía.
¡Ojalá que mi acento poderoso,
sublime resonando,
del trueno pavoroso
la temerosa voz sobrepajando,
¡oh Soll, a ti llegara
y en medio de tu curso te parara!
¡Ah! si la llama, que mi mente alumbra,
diera también su ardor a mis sentidos,
al rayo vencedor que los deslumbra,
los anhelantes ojos alzaría,
y en tu semblanza fúlgido, atrevidos,
mirando sin cesar los fijaría.
¡Cuánto siempre te amé, Sol refulgente.
¡Con qué sencillo anhelo,
siendo niño inocente,
seguirte ansiaba en el tendido cielo,
y extático te vía
y en contemplar tu luz me embebecía!
De los dorados límites de Oriente,
que ciñe el rico en perlas Oceano,
al término sombrío de Occidente,
las orlas de tu ardiente vestidura
tiendes en pompa, augusto soberano,
y el mundo bañas en tu lumbre pura.
Vivido lanzas de tu frente el día,
y, alma y vida del mundo,
tu disco en paz majestuoso envía
plácido ardor fecundo,
y te elevas triunfante,
corona de los orbes centellante.*

*Tranquilo subes del cenit dorado
al regio trono en la mitad del cielo,
de vivas llamas y esplendor ornado,*

*y reprimes tu vuelo;
y desde allí tu fúlgida carrera
rápido precipitas.*

*Y tu rica, encendida cabellera,
en el seno del mar, trémula agitas,
y tu esplendor se oculta,
y el ya pasado día
con otros mil la eternidad sepulta.*

*¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto
en su abismo insondable desplomarse!
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío
de imperios populosos disiparse!
¿Qué fueron ante ti? Del bosque umbrío
secas y leves hojas desprendidas,
que en círculos se mecen,
y al furor de Aquilón desaparecen.*

*Libre tú de la cólera divina,
viste anegarse el universo entero
cuando las aguas por Jehová lanzadas,
impelidas del brazo justiciero,
ya mares por los vientos despenadas,
bramó la tempestad: retumbó en torno
el ronco trueno y con temblor crujieron
los ejes de diamante de la tierra;
montes y campos fueron
alborotado mar, tumba del hombre.
Se estremeció el profundo;
y entonces tú, como señor del mundo,
sobre la tempestad tu trono alzabas,
vestido de tinieblas,
y tu faz engreías
y a otros mundos en paz resplandecías.*

*Y otra vez nuevos siglos
viste llegar, huir, desvanecerse,
en remolino eterno, cual las olas
llegan, se agolpan y huyen del Océano,
y tornan otra vez a sucederse;
mientras inmutable tú, solo y radiante,
¡oh Soll, siempre te elevas,
y edades mil y mil huellas triunfante.*

*¿Y habrás de ser eterno, inextinguible,
sin que nunca jamás tu inmensa hoguera
pierda su resplendor, siempre incansable,
audaz siguiendo tu inmortal carrera,
hundirse las edades contemplando,
y solo, eterno, perennal, sublime,
Monarca poderoso dominando?
No; que también la muerte,
si de lejos te sigue,
no menos anhelante te persigue.
¡Quién sabe si, tal vez, pobre destello
eres tú de otro sol, que otro universo
mayor que el nuestro, un día,
con doble resplendor esclarecía!*

*Goza tu juventud y tu hermosura,
¡oh Soll, que cuando el pavoroso día
llegue que el orbe estalle y se desprenda
de la potente mano
del Padre soberano,
y allá en la eternidad también descienda,
deshecho en mil pedazos, destrozado,
y en piélagos de fuego
envuelto para siempre y sepultado,
de cien tormentas al horrible estruendo,
en tinieblas sin fin tu llama pura
entonces morirá; noche sombría
cubrirá eterna la celeste cumbre.
¡Ni aun quedará reliquia de tu lumbre!*

JOSÉ DE ESPRONCEDA

(De la serie que obtuvo el primer premio en nuestro Concurso de selecciones de poesías religiosas.)

DE LONDRES

De París a Londres. — La apertura del Parlamento. — Un paseo por la ciudad. — La Catedral de San Pablo. — En la Abadía de Westminster.

De París a Londres. — El día 6, a las diez y media de la mañana, dejamos la Ciudad Luz para dirigirnos hacia la capital de Inglaterra, vía Dieppe-Newhaven. Hace un día espléndido, y la travesía del Canal de la Mancha ha sido encantadora; de tal suerte, que el bello panorama de la costa, que se aleja, y contra la cual se rompen las olas como para orlarla de blanca estela de espumas, el reflejo del sol sobre el intenso azul del inmenso lago y también, porque no decirlo, la impresión de que no entendemos a nadie una santa palabra, nos hace olvidar el miedo al tan temido *mal de mar*, que, diplomático y amable, no nos ha visitado en las tres horas de travesía. Naturalmente, es la primera vez que nos embarcamos... veremos la segunda. ¿Cambiamos la peseta en el Canal o en la frontera de España?, porque no es lo mismo. En Newhaven tomamos otra vez el tren para Londres. Son los coches bajitos, cómodos, elegantes, con una hermosa iluminación, y corren los trenes con una velocidad extraordinaria. A las seis y media (sin un minuto de retraso, aquí no hay necesidad de interpretar las tres letras de nuestra compañía férrea M. Z. A. como el andaluz, que al ser interrogado por un inglés qué significaban aquellas letras, respondió: *Marcha siempre atrasao*), llegamos a la estación Victoria, donde nos esperaba Mrs. Studd, que nos ha conducido a su casa con todo el amor cristiano que sólo cabe en un corazón tan grande como el suyo.

La apertura del Parlamento. — El día 7 ha tenido lugar esta ceremonia que hemos presenciado. A las once, las tropas, en traje de gala, han cubierto el trayecto por donde había de pasar la procesión real. La disciplina militar es admirable, precisión en los movimientos, marcialidad; en la masa de gente orden, respeto, silencio; hay momentos en que las bandas de música más lejanas se oyen con toda claridad. Muy bien. A las once y diez pasa el Príncipe de Gales, y a las once y veinte, la carroza real ocupada por el Rey, a quien la multitud saluda con hurras, mientras las bandas de música tocan la Marcha Real inglesa, que es el cántico primero de nuestro himnario. Nosotros hemos cantado entre tanto con sumo regocijo: «A nuestro Padre Dios, alabe nuestra voz, gloria a Él...» La carroza real es una maravilla, y los caballos amarillos que la tiraban, tan famosos, la cosa más linda que hemos visto. Seguía después la corte, que ocupaba otras carrozas, y la guardia de escolta en columna de honor. La Reina

no ha asistido a este acto por estar enferma.

Cuando nos dirigíamos en busca del automóvil nos sorprenden las fuertes detonaciones de los 41 cañonazos con que se solemniza la entrada de los Reyes al Parlamento. A las doce en punto ha comenzado la ceremonia oficial de la apertura. Los programas en que se describe el orden de esta ceremonia terminan con estas palabras: *God save the King*, Dios salve al Rey.

Un paseo por la ciudad. — Al lado de la casa de Mrs. Studd se halla el Palacio de Cristal, donde se han celebrado grandes Congresos cristianos, el último el Congreso Mundial de Esfuerzo Cristiano, en que estuvo representada España. Los lectores de ESPAÑA EVANGÉLICA tienen una idea de esta inmensa pecera, donde todo, cúpulas, muros, fuentes, iglesias, es de cristal. Hay en su interior teatro, conciertos, restaurantes, cafés, museos de pintura, historia natural y, sobre todo, de escultura. El aspecto que ofrece la gran nave central es fantástico. Cruzando la nave se halla la grandiosa capilla con su soberbio órgano en medio de las gradas, al fondo, los balcones tribunas. También hemos visto una fiel reproducción del Patio de los Leones de la Alhambra, y a fuer de buen granadino, nos hemos entusiasmado. Pero sobre todo, lo que nos ha transportado a otro mundo ha sido el maravilloso efecto de los rayos solares, que, al descomponerse en colores a través de los prismas, producen la real ilusión de habitar esos palacios de hadas de los cuentos de las mil y una noches. Y paseando hemos visto Buckingham Palace (Palacio Real), Hyde Park y Green Park, grandes parques con lagos artificiales encantadores, el monumento a la Reina Victoria, el Banco de Inglaterra y Trafalgar Square, con su monumento a Nelson, y sus colosales leones de bronce sobre pedestales de granito. En la gran avenida Piccadilly vemos la Real Academia, el Instituto Real; recorremos toda la calle de Oxford hacia el Museo Británico, el más grande y rico del mundo, y siguiendo la calle Holborn, llegamos a la

Catedral de San Pablo. — A juzgar por las grandes obras que se están realizando, esta iglesia protestante ha corrido inminente peligro de derrumbarse. Se ha construido un andamiaje gigantesco para reparar y sostener la grandiosa cúpula que, en forma de media naranja, parece colgada en el aire. Las hermosas vidrieras de sus ventanales, que representan en colores escenas de la Pasión, son maravillo-

sas. A uno y otro lado de la nave están las capillas con sólo sus asientos, reclinatorios y su tribuna.

Sólo hay un altar con una cruz en el centro y gruesos cirios en grandes candelabros. En un gran atril, la Biblia, siempre abierta. No hay santos de madera, ni de plata, ni de artificio humano. Yo he podido apreciar que la Iglesia Anglicana está muy lejos de Roma. También los católicos tienen una grandiosa catedral, que se ha tardado en construirla veinte años. La hemos visitado en ocasión en que los canónigos rezaban «laudes», y un detalle: durante el culto en la catedral de San Pablo, había muchas personas; en la catedral católica sólo había los seis canónigos y nosotros. En San Pablo se cantaban himnos en la lengua del país; en la Iglesia romana sólo oímos ese monótono susurro que invita al sueño... Nos acordamos de aquel calificativo que un arzobispo español aplicó a los coros de canónigos de nuestras catedrales, llamándoles «astilleros de barcos varados».

En la Abadía de Westminster. — Junto al Parlamento se encuentra esta joya, comenzada en el año 1245, donde son coronados los reyes de Inglaterra y donde están los sepulcros de reyes y hombres célebres. Es un verdadero panteón. Hemos visto la «Silla de la coronación», antiquísima, y bajo ella la piedra en que Jacob durmió aquel su famoso sueño; el famoso sarcófago de Eduardo el Confesor, de los príncipes de Castilla, María Estuardo, María Tudor, y la magnífica capilla de Enrique VI, donde los futuros reyes quedaban prisioneros la víspera de su coronación y que contiene armas, tumbas y monumentos reales de un valor inmenso. Una cosa muy interesante son las imágenes de cera, copia real de los reyes muertos, las cuales, vestidas con las mismas ropas de sus originales, eran llevadas en procesión por las calles de Londres, para anunciar, sin género de duda, que *el rey había muerto*. (Esto se hace aún en china.) Esta iglesia, o, mejor dicho, estas tres iglesias unidas, aunque de estilo gótico el más puro, marcan bien notables diferencias de época. Es un verdadero museo de historia con documentos auténticos. A la salida, entre otros nombres de ilustres personajes, hemos leído en una lápida sepulcral: «David Livingston»; junto a ella: «Newton», y no sin gran extrañeza, también esta otra: «Darwin». Para conocer bien este interesante monumento no bastaría un mes. En su alabanza sólo diremos que merece la pena hacer un viaje sólo por visitarlo.

Nota. — Prometemos a nuestros queridos lectores otra crónica sobre Londres, en que hablaremos de la obra misionera que dirigen Mr. y Mrs. Studd, en África y América del Sur, así como también sobre todo lo que veamos y nos acordemos en esta inmensa ciudad.

Londres, 8 de Febrero de 1928.

J. GONZÁLEZ MOLINA.



CRÓNICA



HOJEANDO la Prensa que cubre nuestra mesa de redacción hallo las siguientes noticias que los discretos lectores de ESPAÑA EVANGÉLICA sabrán apreciar conmigo.

La primera, tomada del *Scottish Congregationalist*, refiere el siguiente episodio significativo, bajo el título «Su brillante carrera».

Dos hombres eminentes, que juntos habían cursado en las aulas de la misma Universidad, un día de sobremesa, y hablando de sus antiguos compañeros, dialogaron de esta, o parecida manera: «¿Cómo te explicas — preguntó uno de ellos — que Fulano se decidiese a ser misionero? Convencido estaba yo que llegaría a ocupar un alto puesto en nuestro país, dedicándose de lleno a la jurisprudencia, o a la medicina, o a las cuestiones políticas. Y ahora tantos años sin saber nada de él. ¡Pobre chico, qué carrera tan brillante ha echado a rodar!»

El otro, un redactor de mérito reconocido, sacó al instante una carta de su bolsillo y dijo pensativo: «He aquí precisamente una carta suya, en la que saluda cariñosamente a sus antiguos compañeros, incluyendo una interesantísima Memoria de su inmenso campo de acción. Abarca éste, además del hospital más grande que existe en China, un total de catorce lugares, donde se predica con regularidad el Evangelio; una casa editorial, que figura entre las primeras del Oriente; un Instituto, que requiere la subvención de 5.000 libras esterlinas al año, con sus 5.000 estudiantes, y teniendo él mismo 27 auxiliares a sus órdenes. Es amigo y consejero del gobernador de la provincia, y goza de una influencia marcada en política. Verdad es que esto último no lo menciona en la Memoria por su excesiva modestia, pero tengo noticias fidedignas sobre este particular.»

Rompiendo el silencio, tras breve pausa, dijo el primero: «No sabía yo lo brillante que puede ser hoy en día la carrera de un misionero. Comparándola con la mía, reconozco su insignificancia y aun estaría dispuesto a cambiarla por la suya.»

Las demás noticias se refieren a publicaciones que han visto la luz en Francia, Argentina y Alemania y que no dudo en calificar de verdaderos acontecimientos en el campo literario.

Por primera vez desde los tiempos de la Reforma, una de las casas editoriales más importantes en Francia publica el Nuevo Testamento juntamente con sus demás obras de fondo. El editor, Bernard Grasset, de París, pensó que un Nuevo Testamento presentado en la forma corriente y ofrecido así al público por las librerías en general y no sólo por las llamadas religiosas, tendría grandes proba-

bilidades de atraer un nuevo sector de aficionados a la literatura, al que hasta ahora no alcanzaban los depósitos bíblicos y sus colportores.

Esta nueva edición popular, con cubierta de papel corriente y grabado de madera en la misma, consta de 544 páginas y se vende a 15 francos (unas 3,50 pesetas). Habiendo sido acogida favorablemente por catedráticos y estudiantes de las Universidades, se espera que dará lugar a que se introduzcan cursos de estudios bíblicos en los altos Centros docentes de Francia. También en los Balkanes, en Turquía, en Egipto y demás países donde se aprecia mucho la cultura francesa, está este Nuevo Testamento llamado a ganarse muchos lectores. ¡Amén!

En Buenos Aires es nada menos que el rector de la Universidad, D. Ricardo Rojas, que se ha aventurado a publicar un libro religioso, intitulado *El Cristo invisible*, que bien podría originar un renacimiento religioso, no sólo en Argentina, sino, de rechazo, también entre nuestra escéptica sociedad. Según nos comunica *El Sol*, ya se ha agotado una gran edición en América y va a reimprimirse este libro en España. ¡Amén y Amén!

Finalmente, en Alemania, el sabio catedrático de la Universidad de Leipzig, el Dr. Leipoldt, ha dado a luz una obra documentadísima acerca de la diferencia manifiesta entre la *Efigie evangélica y católica de Jesús*. Seguramente, sin contacto alguno con la obra de su colega argentino, viene a coincidir con él en diversas apreciaciones, hasta el extremo que la primera parte del libro de Rojas, *La efigie de Cristo*, pudiera haber dado origen al título de la obra alemana, si no supiéramos que esta formulación de tema tan interesante fué concebida ya años ha por el susodicho catedrático y madurada en un viaje que, precisamente con este motivo, hizo el año pasado por nuestra Península. Entre otras cosas de actualidad estudia también el caso de nuestra hermana de Segovia. Bien merecería ser traducida esta obra a nuestro idioma y declarada de utilidad pública, juntamente con las dos anteriormente mencionadas.

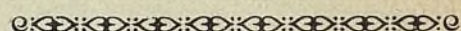
Por lo demás, no me siento cronista. Buscando y rebuscando no encuentro lo que valga la pena reseñar, aunque lo que merecía registrarse para la posteridad tiene pena o puede tenerla, así que ¡chitón! No podrán, por lo tanto, aconsejar nuestros descendientes lo que Esdras en su tiempo recomendó (cap. IV, 15): «Buscad y hallaréis» en el libro de las crónicas.

Este número ha sido revisado por la censura.

cas...; buscarán, sí, en ESPAÑA EVANGÉLICA, pero no hallarán. Sin embargo, hay tanto de lo que acontece entre nosotros los evangélicos, que si no puede figurar en una crónica, no deja por eso de ser crónico.

Véanse sino las necesidades y dificultades por las que atraviesan nuestras misiones y establecimientos de beneficencia. El Hospital Evangélico languidece, la Casa de niños huérfanos no se levanta, el Asilo de ancianos no acaba de llegar a ser un hecho. Y no digamos que es tan sólo la falta de dinero, que realmente se hace sentir como una enfermedad crónica desde que la gran guerra incitó a gastar enormes sumas en la destrucción de la Humanidad en vez de hacerlo en aras de su edificación moral y cultural; es más bien la mentalidad materialista y egoísta que han sabido absorber las iglesias oficiales en general. Para ellas todo es admiración; para las otras, desprecio. Y no se quejan del desprecio, sino cuando éste lleva consigo saña; entonces es natural que les duela, y cuando pretenden aniquilar sus ya mermados derechos, entonces es lógico que se llenen de indignación. ¿Se conformarán con el derecho del pataleo o seguirán esperando la primavera y las flores, etc...? No lo sabemos. Si alcanza, no llega. Otro cronista más afortunado quizá lo dirá. Pero por mi parte, para terminar, lejos de creer que si callo otorgo, me atengo a lo de «al buen callar llaman Sancho».

JUAN ESPAÑOL



Cánovas y la libertad de cultos.

Con una modestia que contrasta más en estos días en que tanto abundan los homenajes, se ha celebrado el centenario del nacimiento de Cánovas del Castillo, el político más grande de nuestro país en el último tercio del pasado siglo.

En los periódicos hemos leído de Cánovas como gobernante, como hombre de su tiempo, como académico, como literato, como amante de los libros... Pero muy poco hemos leído de Cánovas como gobernante liberal. Aunque ello sea una paradoja, este hombre, que era jefe del partido conservador, gobernó siempre en liberal, como no gobernaron los que tal título llevaban; este hombre, que era devoto de la Iglesia Romana, interpretó siempre el artículo 11 de la Constitución con una amplitud de criterio que no le dieron los hombres que antes de la Restauración se habían paseado con el morrión de miliciano. Bien podemos decir que durante sus épocas de mando, la tolerancia que nos concede la Constitución bordeaba los linderos de la libertad de cultos. Nosotros, respetuosos siempre con nuestros gobernantes, y agradecidos a los hombres que supieron respetar las creencias ajenas, nos descubrimos ante la memoria de D. Antonio Cánovas del Castillo, y en esta fecha le tributamos agradecimen-

INFORMACIÓN EVANGÉLICA

Sociedad de E. C. de la Iglesia del Redentor, de Madrid.

El Domingo 29 de Enero celebró esta Sociedad su reunión anual para renovación de Junta Directiva, resultando elegida para el presente año la siguiente: Presidenta, señorita Pepita Cabrera; Secretario, Don Germán Araujo; Tesorera, señorita Pepita Alonso; Vocales, señorita Julia Calvo y D. Vicente Rodrigo.

Se acordó celebrar las reuniones los Domingos segundo y cuarto de cada mes, a las cuatro de la tarde.

Están todos cordialmente invitados.



Idea plausible.

La Sociedad de E. C. de Santander ha tomado el acuerdo de mantener íntima relación con aquellos evangélicos que vivan aislados en pueblos de la provincia y deseen recibir aliento espiritual de sus hermanos de la capital.

Los que deseen mantener correspondencia con sus hermanos de Santander, no tienen más que escribir a la presidencia de la Sociedad de E. C., y ésta tendrá mucho gusto en contestarles.

Esperamos que por medio de ESPAÑA EVANGÉLICA podremos entrar en relación con todos estos hermanos aislados, a los que, de antemano, saludamos fraternalmente. — La secretaria, E. M. de Marqués.



De Gijón.

Nuestro querido amigo el pastor evangélico de Gijón, D. Juan Biffen, ha dirigido una carta a *El Noroeste*, diario de dicha ciudad, en la cual hace constar que «la cuestión de la celebración de cultos evangélicos en la nueva capilla, Llano de Abajo, ya está resuelta definitivamente». El señor gobernador civil ha acordado autorizar la continuación de los cultos en el nuevo local, debiendo hacerse en él las modificaciones indicadas en el informe del señor inspector provincial de Sanidad. Estas modificaciones incluyen la ampliación del local, y el Sr. Biffen ya ha tomado los pasos necesarios para ello y ha obtenido la autorización de la Alcaldía para realizar esta obra.

El Sr. Biffen, al dar las gracias al director de *El Noroeste* por el apoyo prestado a la causa de los evangélicos, hace constar también su sincero agradecimiento a las autoridades y, en particular, a los señores Caballero, Arroyo y Tuya, por la equidad que ha guiado su participación en el asunto.

Nos alegramos, con nuestros hermanos de Gijón, por el feliz resultado de sus gestiones.

Expresión de simpatía.

Queremos enviar nuestro saludo fraternal desde estas columnas al misionero evangélico residente en Piedralaves (Ávila), D. Ernesto Trenchard, que ha sufrido un arresto de cinco días, impuesto por la autoridad gubernativa, a causa de haber dirigido la palabra en el enterramiento de un evangélico, verificado a petición de la familia, en el cementerio de Sotillo de la Adrada.

Sin duda ha habido un error en el ánimo de la autoridad que ha impuesto el arresto, o la multa equivalente, pues la Real orden de signos exteriores, igualmente que la otra disposición por ella derogada, reconocen al cementerio igual condición que a la capilla de culto disidente para las manifestaciones permitidas en ambos lugares, llegando la última disposición aludida a admitir la exhibición de signos exteriores del culto en ambos lugares.

Tanto nuestro amigo el Sr. Trenchard, como la Alianza Evangélica Española, han puesto el caso en conocimiento del señor ministro de la Gobernación, para que en lo sucesivo no se ofrezca duda alguna sobre este punto, ni en la provincia de Ávila ni en el resto de la Península. Hasta ahora, el derecho de los disidentes a solemnizar los enterramientos en los cementerios civiles con los actos religiosos de su respectivo culto, ha sido siempre plenamente reconocido, y estamos seguros de que lo seguirá siendo.



Un cuento.

Suponemos que nuestros lectores habrán comprendido que faltan las líneas finales en el cuento publicado en el número anterior.



REGISTRO

Matrimonio. — Iglesia Metodista, Palma de Mallorca. Recientemente han solemnizado su matrimonio religioso, previo el acto civil en el Juzgado correspondiente, los miembros de esta iglesia, don Juan Gómez y la señorita Mercedes Eximeno.

Nuestra cordial enhorabuena.

Fallecimiento. — Iglesia Evangélica, Bailén. El 30 de Enero durmió en el Señor, a los 24 años de edad, la señorita Josefa González Carmona, miembro comulgante de esta iglesia. Joven de arraigados sentimientos religiosos, soportó con santa resignación la larga y penosa enfermedad que la ha llevado a un mundo mejor. El sepelio se celebró al día siguiente en el Cementerio civil, asistiendo muchos hermanos de las diferentes misiones de la provincia.

Nuestra sincera simpatía acompaña al desconsuelo de la atribulada familia.



NUESTRA ESTAFETA

M. B., Córdoba. — Recibimos su artículo. Le quedamos muy agradecidos.

M. L., Zaragoza; M. P., Montevideo; F. T., Burjasot. Remitidos los ejemplares que solicitaban.

I. V., Ibañerando. — No se ha cobrado, pero se cobrará.

NUESTRA ENCUESTA

¿Qué desearía usted ver publicado en „España Evangélica“?

¿Qué cree no debía publicarse en „España Evangélica“ de lo que actualmente se publica?

CONTESTAMOS:

Hoy les toca el turno a nuestros simpáticos amigos de Cataluña.

— Una señora, o señorita, de Barcelona, nos dice que no encuentra nada de lo que actualmente publica ESPAÑA EVANGÉLICA que no debiera publicarse (nosotros, tan agradecidos). «Pero — añade — lo que más me gusta son los temas de enseñanza práctica.» (Trasladamos este elogio a la Sra. Pérez de Ecrody). Y añade nuestra amable comunicante: «He pensado que podrían colaborar en este periódico todos los pastores y predicadores de España. ¡Cuántas veces he oído sermones de mucho interés espiritual, y he pensado: ¡Qué bien si se publicara en ESPAÑA EVANGÉLICA! Aquí, en Barcelona, hay muchos señores que podrían contribuir a ello (aquí se inserta una larga lista de pastores de Cataluña). Todos ellos personas muy abnegadas por la causa de Cristo.»

¡Pues si esto es precisamente lo que estamos haciendo sin cesar! ESPAÑA EVANGÉLICA no está limitada a la Redacción. Todos los pastores evangélicos de España son constantemente invitados a escribir en este periódico (y, desde luego, todos los que usted cita en su larga lista); a todos pedimos noticias de sus obras. Creemos, como usted, que con ello prestarían un servicio a la santa causa que amamos y defendemos. Pero ya lo ve: la mayor parte no piensan como pensamos usted y nosotros, por lo visto. Sin embargo, nosotros seguiremos insistiendo, como la viuda de la parábola.

En cuanto a lo de aumentar el precio de la suscripción, no nos atrevemos. El que quiera ayudarnos a llevar adelante esta empresa de fe, puede hacerlo de mil maneras. Y a usted, que ve las cosas con una tan clara percepción de la realidad, le quedamos muy agradecidos, y nos ponemos rendidamente a sus pies.

— Un amigo, compañero inseparable de la libertad, queda contestado en una de las respuestas que dimos en el número anterior. Como usted dice muy bien, y ésta es la verdadera libertad, un periódico interdenominacional no puede evitar publicar cosas que no agradan del todo a los de una denominación determinada. «Yo simpatizo de corazón con esa Redacción, y comprendo cuán difícil es satisfacer a todos, y aun digo más, que es imposible.» ¡Amigo, si todos pensaran como usted, de cuán distinto modo marcharían las cosas! También le quedamos muy reconocidos.

Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA



CAPÍTULO XIV

UN ENCUENTRO INESPERADO

Berthelie no regresó a Ginebra el día que salió de ella, ni tampoco el siguiente.

El segundo día, último que Gabriela creía pasar en su hogar, fué para ella de inmensa y prolongada agonía. Durante las largas horas del día la soportó lo mejor que pudo; pero cuando llegó la noche sin que regresara su querido padre adoptivo, la desolación la abrumó de tal manera, que no pudo resistir más y rompió a llorar, sollozando y gimiendo en alta voz. Margarita se hallaba al lado de Claudina, que continuaba enferma; pero al oír los sollozos corrió en auxilio de su adorada niña, y, sin decir apenas una palabra, con gestos y miradas de ternura, la estrechó en sus forzudos brazos y la dejó desahogar en ellos sus pesares. La severa y austera Margarita jamás se había mostrado tan cariñosa con nadie, y cuando, al fin, fueron cesando los lamentos de Gabriela y se abatieron sus sollozos, murmuró en sus oídos estas frases consoladoras:

— Dios es bueno; en este mundo muchas cosas acaban mejor que empiezan.

— Ya lo sé — suspiró Gabriela —. Pero para lo que a mi me ocurre sólo puede haber un fin bueno... Y... soy tan joven...

Margarita la desnudó y acostó en su propio lecho, diciendo que no había necesidad de molestar a Claudina, y, dejándola un momento, volvió a poco con una taza en la mano.

— Toma esta bebida calentita, que te hará dormir — le dijo —. Es agua mezclada con vino aromatizado.

Gabriela, obediente, tomó la taza y apuró su contenido, afirmando que estaba muy bueno, aunque tenía un gusto algo raro. Después, rendida por el llanto, reclinó la cabeza sobre la almohada, y pronto, con gran satisfacción de Margarita, dormía profundamente.

Cuando, al fin, despertó de aquel sueño largo y tonificante, el sol bañaba por entero la habitación, y ella experimentaba la sensación de la persona que, habiendo estado muy lejos, regresa despacio, sorprendida penosamente.

Lo primero que llamó su atención fué que se hallaba en el dormitorio de Margarita, no en el suyo, y, gradualmente, fué comprendiendo todo lo ocurrido. Pesábale como plomo la cabeza, le dolían los ojos de tanto llorar; pero ya no lloraría más, haría cuanto exigían de ella y «dejaría el resto a Dios».

— Margarita — murmuró débilmente, viendo en el lecho la silueta de la anciana —. ¡Margarita!

— ¿Qué quieres, niña? — fué la respuesta, dicha con el tono de voz natural en la nodriza, no con el acento acariciante de la noche anterior.

— ¿Ha vuelto mi padre?

— No ha habido señal ni muestra de él. Aquellos bribones han debido entretenerle, pero no hay que temer nada; porque, aun siendo malos como son, no se atreverán a hacer daño a maese Ami Berthelie.

— ¿Cómo está mi tía?

— Exactamente lo mismo.

Gabriela trató de levantarse mientras hablaba; pero se encontró dominada por una sensación de cansancio físico, pareciéndole que no podía hacer nada más que echarse y volver a dormir. Preocupada, sin embargo, con todo lo que le esperaba, hizo un violento esfuerzo para vencer el sopor que la oprimía y el malestar que experimentaba.

— ¿Dónde está mi ropa? — preguntó, sabiendo que tenía preparado desde el día anterior, y cuidadosamente dispuesto, el traje, la capa, la capucha y el velo.

— Todavía no tienes necesidad de vestirme — dijo Margarita —. Acuéstate y vuelve a dormirte.

— ¡No, no! Tengo que levantarme ahora mismo. Ya es tarde; lo estoy viendo. Apresúrate, Margarita, te lo ruego, y tráeme la ropa. Maese Antonio me prometió que, si mi padre no estaba aquí, vendría él a buscarme a su debido tiempo, y me temo que deben ser muy cerca de las seis. ¡Date prisa, Margarita!

— No hace falta esa prisa, niña.

— ¡Cómo que no! Oye, ya llaman a la puerta. ¿Qué haré? ¡Oh! ¿Qué haré?

Por su mente pasó la visión de todos los magnates de Ginebra, reunidos, esperándola... ¡a ella!, y pensó que por su causa podía ocurrir alguna desgracia a los prisioneros. Sentóse en el lecho llena de pesar, con el rostro encendido, el cabello suelto sobre el blanco camisón de dormir, inusitado lujo para aquella época, y... llamaban ya en la puerta de su cuarto; porque, hallándose abierta la de la casa, el visitante había llegado hasta allí guiado por el rumor de las voces. Margari-

rita fué a abrir y encontró a... Germán de Caulaincourt.

En la posición que ocupaba Gabriela en el lecho sólo pudo ver la parte superior de una cabeza cana, y, no dudando un instante de que fuera Berthelie, exclamó temblando de alegría:

— ¡Padre! ¡Cuánto me alegro! Ven y bendice a tu pobre niña antes de que se marche.

De Caulaincourt avanzó unos pasos, y ambos se hallaron frente a frente. Jamás dos rostros humanos han exteriorizado mayor confusión y más profunda sorpresa. Cada una de aquellas dos personas creía imposible que la otra pudiera estar allí.

Sólo una de ellas podía hallarse en Ginebra, y tenía que salir de allí para que la otra entrase; que ambos estuvieran en la ciudad, a un tiempo mismo, era superior a lo creible.

La sensación era semejante a la que experimentaría el que viera ante sí a su homónimo.

— ¡Señor de Caulaincourt! — exclamó Gabriela, pálida como el mármol, siendo la primera que recobró el uso de la palabra.

— ¡Gabriela Berthelie! — dijo De Caulaincourt con igual asombro.

— ¿Os habéis escapado... cómo... por qué? — preguntó Gabriela con frases entrecortadas.

— ¿Sois vos quien me preguntáis eso? ¿Sueño o he perdido acaso mi sentido? ¿Es quizá un sortilegio? ¡Vos, a quien yo vi hace dos horas en la Puerta Nueva, conducida por el joven conde!

De Caulaincourt se detuvo, y, acometido de súbito terror, se pasó una mano por la frente. Había sufrido demasiado, y los sufrimientos han hecho perder la razón a muchas personas. ¿No podía ocurrirle a él lo mismo?

— Acabo de despertarme en este momento — explicó Gabriela —, y me temo que es ya demasiado tarde.

— ¿Quién es, entonces, la que yo vi... quién... o es todo esto fantasía de un desequilibrado, y me encuentro todavía en el calabozo de Lormayeur?

En su sorpresa, De Caulaincourt retrocedió un paso, y Margarita, avanzando, se colocó entre ambos, diciendo a su vez:

— No es sueño, señor. Yo os diré toda la verdad. Pero antes os suplico que me digáis una cosa: ¿por qué habéis venido aquí precisamente ahora?

— ¿Me lo preguntáis? Vengo, naturalmente, a buscar a mi hijo. Le busqué creyendo que él sería el primero que me saludaría en Puerta Nueva; pero no estaba allí; y lo más extraño del caso es que los Calvino dicen que no le han visto desde ayer. Supuse, por lo tanto, que estaría aquí.

— Señor de Caulaincourt, yo os diré toda la verdad. Una mentira es bastante y hasta demasiado para la conciencia de una mujer cristiana. Vuestro hijo ha ido

a la muerte y mi alma irá a su perdición.

— ¿Qué queréis decir, mujer? — exclamó De Caulaincourt, asustado y sorprendido.

— ¿No lo entendéis? Ocupó el lugar de Gabriela, y yo le ayudé.

— ¡Mi hijo, mi hijo! — exclamó, gritando en su angustia De Caulaincourt, y temblando excesivamente como el patriarca de la antigüedad. Pero en medio de su angustia recordó el dolor de Gabriela, y volvió el rostro a fin de que no le viera.

— ¡Oh, Margarita! ¿Es eso verdad? — dijo la joven, sin aliento.

— No había quien pudiera disuadirle de su idea; no quería escuchar razones. Al fin hube de consentir y también tú.

— ¿Consentisteis eso? Fué malvado, cruel; jamás volveré a tener confianza en vosotras. Sé perfectamente lo que debo hacer ahora; ir inmediatamente a los sindicatos, contárselo todo y pedirles que me envíen a Lormayeur. ¡Señor De Caulaincourt!

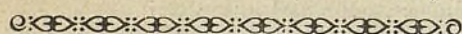
Éste, que se retiraba del dormitorio, volvió al oír que le llamaban.

— Hija mía — dijo dulcemente a Gabriela, aunque su voz tenía un timbre extraño para él mismo —, la culpa no es tuya, tú no has tomado parte en el hecho; para bien o para mal ya no tiene remedio, y Dios está en Saboya lo mismo que en Ginebra.

Salió después sin volver a mirar a Gabriela y sin mirar siquiera a Margarita, surgiendo en su corazón estas palabras.

— ¡Ojalá hubiera yo muerto por ti, hijo mío, hijo mío! pero, por el contrario, Dios me ampare, creo que él ha muerto por mí. — Después acudió a su mente esta otra idea: — ¡Si yo tuviera la seguridad de que era uno de los elegidos de Dios!

(Continuará.)



Esfuerzo Cristiano

Lo que nos enseña José.

Dom., 26 de Febrero. Sal. 105, 16-24.

Lecturas diarias.

Lunes . .	Amado y envidiado	Gén., 37, 3-36.
Martes .	Buen siervo	Gén., 39, 1-6.
Miércoles	Útil en la cárcel. . .	Gén., 39, 20 a 40, 22.
Jueves .	Más sabios que reyes	Gén., 41, 14-46.
Viernes .	Perdonando	Gén., 45, 1-15.
Sábado .	Creyendo la promesa	Gén., 50, 15-26.

Sugestiones.

Es la conducta de José para con los suyos la que principalmente ha hecho inmortal su nombre, pues un pueblo agradecido, descendiente de sus numerosos hermanos, ha conservado con cariño la historia de su vida como benefactor y preservador de su nación, en una época en que la amenazaba la extinción.

El estudio concienzudo de la historia

de José no puede menos que servirnos a todos de estímulo para honrar y observar la piedad natural de familia, una influencia en la sociedad humana de las más civilizadoras y valiosas que existen.

Por medio de su vida no sólo logra crecer en perfección y santidad, sino preservar a su familia y con ella al pueblo de Israel.

Por grandes que sean las dificultades de nuestro hogar, si somos fieles y cumplimos con toda lealtad el mandamiento divino, Él nos dará fuerzas, no sólo para preservarnos de caídas, sino para servir como de luz a los miembros de nuestra familia y a nuestro pueblo y seremos como Providencia extraordinaria que los transforme y salve.

Ilustraciones.

Siempre que os veáis en circunstancias que aprisionen vuestra vida, estad alerta. Las prisiones son lugares especialmente escogidos para ver grandes cosas. Fué en una prisión donde Juan Bunyan vió su admirable alegoría de *El Peregrino*, y donde Pablo tuvo una visión de su Señor, y donde Juan pudo mirar por una puerta abierta en el cielo, y donde José vió la misericordia divina.

Dios no tiene mejor oportunidad para mostrar su misericordia a algunos de nosotros que cuando nos encontramos en alguna aflicción. De noche es cuando pueden verse las estrellas. — F. B. Meyer.

Temas para pensar.

¿Qué nos enseña José acerca de la utilidad de las tribulaciones en la vida?

¿Cómo llegó José al elevado puesto que ocupó?

¿Qué prueba de humildad dió José?

Sociedades infantiles.

La ley de Cristo.

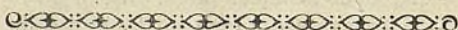
Dom., 26 de Febrero.

Gal., 6, 2.

Una de las primeras cosas que debemos saber, como discípulos de Cristo, es que debemos ayudarnos los unos a los otros, y que haciéndolo así, cumplimos la ley de nuestro soberano Jesús.

Esta es una ley de amor, cuyo cumplimiento nos será tanto más fácil cuanto más amemos a nuestros semejantes, y ese amor nos hará refrenar nuestro egoísmo, nuestra codicia y nuestro orgullo.

Cuando Jesús lavó los pies a sus discípulos, nos enseñó que debemos ser los servidores de nuestros prójimos en cuanto sea conveniente. La vida nuestra debe ser un constante servicio a la Humanidad.



Escuela Dominical

Otras obras poderosas de Jesús.

26 de Febrero.

Mar., 5, 22-43.

TEXTO ÁUREO: *Hija, tu fe te ha hecho salva.* — Mar., 5, 34.

Siendo Jairo un vecino de Capernaum y uno de los ancianos o principales de la sinagoga, habría visto y oído a Jesús mu-

chas veces; pero no se dice que fuera discípulo suyo. Probablemente, su posición respetable, sus amistades, sus relaciones con la gente más religiosa y más opuesta a Jesús, le habían mantenido indiferente hacia el Maestro de Nazaret. Pero cuando la muerte llamó a la puerta de su casa para arrebatarse a su preciosa hija, de doce años, el padre se acordó de los milagros de Jesús, y fué a suplicarle, de hinojos a sus pies, que viniera en su auxilio. La tribulación es un mensajero celestial que nos conduce a Cristo. Hay muchos que jamás hubieran acudido al Señor si un gran dolor no los hubiera impedido.

Jairo tenía fe, pero su fe necesitaba robustecerse con el ejercicio y las pruebas. Cristo alentó su fe, asegurándole que Él sanaría a su hija. Pero la necesidad era urgente, los minutos preciosos, y en el camino ocurre un incidente que causa alguna demora. Una pobre mujer, con flujo de sangre, se llega a Jesús por detrás, toca la franja de su manto y es sanada. El toque de aquella mano temblorosa era el toque de la fe, que siempre tiene bendición. Otros de la muchedumbre tocaban a Jesús, estaban más cerca de Él, pero no tenían la fe que hace brotar de Cristo la salvación que necesitamos. Muchos le vieron y le oyeron cuando vivió en el mundo; pocos entraron en verdadero contacto espiritual con Él. La fe es la que establece este contacto.

El incidente vendría a probar y a fortalecer la fe de Jairo. A probarla, porque ocasionaba una tardanza que pudiera ser fatal; a fortalecerla, porque le hacía ver una nueva muestra del poder de Cristo.

Apenas había acabado Jesús de decir, con su inagotable simpatía y cariño hacia los afligidos: «Hija, tu fe te ha hecho salva; ve en paz y queda sana de tu azote», cuando un mensajero dice a Jairo: «Tu hija es muerta. ¿Para qué fatigas más al Maestro?» La razón humana dejaba oír su voz de aparente verdad y cordura: «No hay remedio; sé razonable; no molestes más al Maestro.» Hay en la frase un aire de consideración y de respeto hacia Jesús muy digno de elogio; pero hay también un tono de incredulidad: «El Maestro es bueno, pero ya no puede hacer nada por ti.»

No sabían que el poder de Cristo es ilimitado: «No temas; cree solamente.» La fe es lo único que hace falta; y Cristo alienta con sus palabras, con su tranquilidad y seguridad perfecta la fe del pobre padre.

Las plañideras habían invadido ya la casa. Los lamentos y lágrimas de gentes que así ganaba algunas monedas se mezclaban con los gemidos de la familia.

Los duelos en Oriente son muy ruidosos; se suceden sin interrupción los gritos, los alaridos de dolor, las palabras de lamentación. Jesús entra en la escena de dolor y de muerte con la calma que proporciona un poder infinito. «La muchacha no es muerta; mas duerme.» No era que negaba el hecho de la muerte, sino que miraba a la muerte como un sueño, y todo sueño termina con un despertar. Su voz despertará los muertos en el último día, y los llamará a nueva vida. Su voz ahora llega a las almas muertas en sus delitos y pecados, y las levanta a una vida de pureza, santidad, amor y servicio.